

Personaje incómodo

Ricardo García Cárcel
pág. 52



Un heredero maldito

Carlos Blanco Fernández
pág. 54



El año negro de Felipe II

Emilia Salvador Esteban
pág. 60



La construcción del mito

Ricardo García Cárcel
pág. 65



Retrato del príncipe *Don Carlos*, en su adolescencia (por Alonso Sánchez Coello, Madrid, Museo del Prado).

DON CARLOS

el príncipe de la Leyenda Negra

Hijo de Felipe II, su muerte en cautiverio en el Alcázar de Madrid, en 1568, hizo de Don Carlos uno de los personajes más enigmáticos de la Historia de España, al que la Leyenda Negra presentó como víctima del fanatismo de los Austrias. La preparación de una película sobre su final pone de actualidad su triste figura

Personaje INCÓMODO

¿Fue un príncipe rebelde, un loco peligroso o la víctima de un padre tiránico? Incómodo para la historiografía española, Don Carlos ha sido hasta ahora más mitificado que estudiado, como sostiene **RICARDO GARCÍA CÁRCCEL**



Felipe II. Busto de plata policromada de Pompeo Leoni (Viena, Kunsthistorisches Museum).



En el cuadro *El príncipe Don Carlos y el duque de Alba* se retrata el momento en que el heredero de Felipe II descubre que no mandará las tropas españolas en Flandes, por José Uría y Uría (Madrid, Museo del Prado)

Don Carlos constituye uno de los personajes más enigmáticos de la Historia de España. Su agitada vida de príncipe de trato difícil, con problemas psicológicos que inquietaron en la Corte respecto al futuro de la propia monarquía y, sobre todo, su precoz y oscura muerte, que puebla de sombras, dudas y sospechas la conducta de su padre, Felipe II, marcan el interés del personaje histórico de Don Carlos y, al mismo tiempo, subrayan las dificultades para abordarlo con la objetividad deseable. Y ello porque Don Carlos no sólo es una figura histórica, que murió en 1568, sino que pertenece a la galería de los mitos que componen la Leyenda Negra contra Felipe II, como testimonio radical de la trascendencia de la razón de Estado, como ejemplo de los extremos fanáticos a los que puede conducir el enfrentamiento entre un padre y un hijo y, por último, como signo indicador de la necesidad de liderazgo de un pueblo oprimido por un rey déspota...

Soslayado por la pintura y el cine

La instrumentalización, como puede verse, es múltiple. En España, en cualquier caso, ha pesado siempre mucho la necesidad del discurso políticamente correcto a la hora de abordar el personaje de Don Carlos. Es muy significativo que la pintura histórica del siglo XIX, a la que tanto fascinó la época de los Austrias, no se ocupase de él. Hemos de recordar, asimismo, que el cine épico de la postguerra española, que tantas películas dedicó a los hechos gloriosos de la Historia moderna española y a muchos de sus personajes emblemáticos, soslayó deliberadamente alusión alguna a nuestro personaje.

RICARDO GARCÍA CÁRCCEL es catedrático de Historia Moderna, Universitat Autònoma de Barcelona.

Los recientes congresos sobre Felipe II, pese a los miles de páginas dedicadas a este rey han pasado por el *affaire* Don Carlos como sobre ascuas. Ni siquiera el pequeño libro-drama de Fernández Álvarez sobre Don Carlos ha sido reeditado. ¿Por qué este silencio?

Sin duda, porque sigue presente la necesidad de no manchar la memoria histórica del rey Felipe II en un contexto histórico en que la Leyenda Negra tiene que ser enterrada bajo montañas de leyenda rosa. Los autores de este dossier, que cuestionamos la Leyenda Negra tanto como la rosa, que ambas sólo nos importan como testimonios de la interesada manipulación histórica, como indicadores de la importancia que tiene el ejercicio de la representación histórica, abordamos el tema sin prejuicios ni hipótesis previas. Curiosamente, el cine español también se apresta a terminar con la señalada laguna y, mientras se preparaba este dossier, se estaba gestando una película sobre el desgraciado hijo de Felipe II, dirigida por Jaime Camino.

Con la ilusión de sentirnos, en cierto modo, pioneros de un necesario ejercicio de recuperación de la memoria histórica en torno a un interesadamente olvidado personaje histórico, presentamos estos artículos sobre Don Carlos, que se mueven en las dos dimensiones posibles del mismo: la realidad histórica y el mito, con la voluntad de clarificar si aquel príncipe rebelde fue un peligroso psicótico o una víctima de un padre tiránico, o quizá ambas cosas.

Un heredero MALDITO

Enfermizo, agresivo y conspirador, el primogénito de Felipe II se convirtió en una pesadilla para su padre, que le encerró en el Alcázar de Madrid, donde no tardó en morir. **Carlos Blanco Fernández** reconstruye su triste vida

Don Carlos ha sido, y sigue siendo, un personaje histórico plagado de enigmas. Su corta vida —murió el 24 de julio de 1568, a los 23 años— está llena de imprecisiones y lagunas. El propio Cabrera de Córdoba, en su clásica *Historia de Felipe II*, publicada en 1619, 51 años después de la muerte del príncipe, aludía a la distorsión de la verdad provocada por los rumores que circulaban sobre los hechos de 1568: “...El Rey tiene mala satisfacción del príncipe Don Carlos, su desavenencia y causas...”.

Hay que delimitar claramente qué hay de realidad firme, segura e incuestionable en el *affaire* de Don Carlos y qué dudas quedan abiertas e insuficientemente aclaradas.

En el ámbito de los hechos, dos cosas son evidentes: el apresamiento y la muerte del príncipe, junto a su singular perfil personal y las difíciles relaciones con su padre.

En el Alcázar de Madrid, la noche del 19 de enero de 1568 estuvo marcada por el paso apresurado de una veintena de hombres armados. Al frente de ellos iba el propio rey Felipe, flanqueado por miembros del Consejo de Estado, como el príncipe de Éboli, el duque de Feria,



María de Portugal, madre de Don Carlos, por Antonio Moro (Madrid, Descalzas Reales).

el prior don Antonio de Toledo y don Luis de Quijada. Su objetivo era claro, evitar la huida de Don Carlos de la Corte, tal y como el Rey y su consejo privado habían acordado aquel mismo día. El éxito del plan se basaba en la rapidez y en la sorpresa. Conociendo que Don Carlos había ordenado instalar en sus aposentos un mecanismo para abrir y cerrar la puerta de acceso desde la cama, el primer paso consistía en anularlo sin que el

príncipe se percatase y facilitar la entrada. Una vez dentro de la alcoba, la prioridad pasaba por evitar la reacción del príncipe, que no tuviese tiempo de utilizar la espada, el puñal o el arcabuz cargado que tenía junto a la cabecera de la cama. En la ejecución de esta segunda fase, Don Carlos se desveló, y a la pregunta de “¿Quién va?” alguien de entre las sombras respondió: “El Consejo de Estado”.

Madrid, aislado

Mientras se procedía a la confiscación y registro de la documentación personal, a Don Carlos se le comunicaba su apresamiento en los aposentos que tenía asignados en el Alcázar. De forma simultánea, dada la importancia de su decisión y el impacto que podía causar en el resto de las cortes europeas, Felipe II prohibía la salida de cualquier correo de Madrid. Su intención era informar del suceso personalmente. Al primero al que se le dio la noticia fue al embajador del Imperio. Inmediatamente después, convocó por separado a los diferentes Consejos para notificarles la decisión que había adoptado y, en los días siguientes, envió cartas a su abuela Catalina de Austria (reina de Portugal), al pontífice Pío V, a los Grandes de España, a ciudades, obispos, Reales Audiencias, así como a generales y provinciales de las diferentes órdenes religiosas. En todas ellas se limitaba a informar y a justificarse de for-



Felipe II y su heredero rezan a la Virgen, en esta ilustración de las *Ordenanzas del Consejo Real* (Archivo General de Simancas).



Detalle de una vista de la **construcción del Monasterio de El Escorial**, atribuida a Juan de Herrera, 1576 (colección del Marqués de Salisbury, Gran Bretaña).

ma muy vaga. Francia e Inglaterra no fueron puestas al corriente directamente por el Rey, sino por medio de los embajadores ordinarios con instrucciones muy precisas sobre cómo y de qué manera tenían que llevar a cabo su cometido. Al principio se generalizó un sentimiento de lamentación por Don Carlos, pero casi todo el mundo aceptó la decisión y la versión dada, puesto que se interpretaba como una situación temporal.

A medida que el cautiverio se iba alargando, Felipe se vio en la obligación de informar al Papado y a Maximiliano II sobre los motivos que le habían llevado a

ordenar la prisión del príncipe. Las razones que apuntaba descansaban sobre la duda de si su sucesor disponía de las capacidades necesarias para gobernar cuando él faltase.

La trágica y repentina muerte de Don Carlos no tuvo tanta repercusión como la de su apresamiento. El aparato político y diplomático de la Monarquía había logrado neutralizar las voces oficiales del exterior con su actuación tras la detención del príncipe. Desde el exterior, las muestras de condolencia se entremezclaron con el interés puesto en quién sería el sucesor de Felipe II. En el interior,

el dolor por la muerte de Don Carlos fue acompañado por el temor a la llegada de un nuevo príncipe extranjero como sucesor de Felipe II.

Nacido en Valladolid en la noche del 8 de julio de 1545, Don Carlos era el primer hijo del matrimonio formado por el entonces Príncipe de Asturias, Felipe, y María de Portugal. La felicidad por el nacimiento del niño, que aseguraba un heredero para la casa de Austria, se tornó pronto en luto por el fallecimiento de la princesa cuatro días más tarde. Con apenas dieciocho años, Felipe ya era viudo y padre de un niño al que casi no vio crecer.

De su cuidado se encargó primero doña Leonor de Mascareñas, dama portuguesa que ya había sido niñera del propio Felipe. Posteriormente pasó a manos de sus tías, doña María y doña Juana de Austria. Las ausencias de Felipe del territorio castellano en dos ocasiones, la primera con motivo de su visita a los dominios del Imperio (1548-1551) y la segunda coincidiendo con su matrimonio con María Tudor (1554-1559), no hicieron más que acrecentar la falta de contacto entre ambos. La ausencia de una figura paterna próxima no pudo ser suplida ni por su ayo, don Antonio de Rojas, ni por los diferentes encargados de su educación, como fray Juan de Muñatones y Honorato Juan. A su regreso en 1559, ya como titular de la Corona, Felipe no sólo se encontró ante una situación diferente a la que había dejado en 1554, sino que además se hallaba ante un hijo de catorce años, en la práctica casi un desconocido para él, y al que urgía jurar en Cortes como nuevo Príncipe de Asturias, cosa que sucedió en la ciudad imperial de Toledo el 22 de febrero de 1560.

Compañero de don Juan de Austria

Desde octubre de 1561 hasta el verano de 1562, Don Carlos tuvo su residencia en Alcalá de Henares, acompañado por dos miembros más de la familia real, su tío don Juan de Austria y su primo Alejandro Farnesio. El motivo de su marcha de la Corte respondía a los continuos ataques de fiebres que venía sufriendo desde hacía un par de años. A pesar de haberse hablado de lugares próximos a la costa mediterránea, como Gibraltar, Málaga o Murcia, se optó por la ciudad Complutense por motivos tanto económicos como por su proximidad a la Corte, instalada en Madrid desde el mismo año de 1561. El príncipe se alojaba en el palacio que los arzobispos de Toledo tenían en el lugar y en el cual ya había vivido en algún momento anteriormente.

EN 1561, DON CARLOS CASI MURIÓ DE UNA CAÍDA POR LAS ESCALERAS, MIENTRAS PERSEGUÍA A LA HIJA DEL PORTERO DE SU PALACIO

Pero en la primavera, para ser exactos el 19 de abril, don Carlos cayó por las escaleras del palacio mientras perseguía a la hija del portero. Su estado comatoso durante un largo periodo de tiempo y la ineficacia de los remedios aplicados, como una trepanación sugerida por Vesalio, hicieron pensar en un fatal desenlace, por lo que el propio monarca ordenó preparar sus exequias. Dado por desahuciado, y por consejo del duque de Alba, se ordenó exhumar los restos de fray Diego de Alcalá, un fraile franciscano local que había muerto en olor de santidad casi una centuria antes, y co-

locarlos junto al príncipe. A su vez, Felipe II recurrió, como última oportunidad, a los conocimientos médicos de un morisco valenciano, conocido como Pinterete, famoso por sus misteriosos unguentos. Finalmente, el enfermo mejoró de sus heridas rápidamente. Oficialmente, se responsabilizó de esa recuperación a la intercesión de Diego de Alcalá, ya que el príncipe aseguró que el monje se le había aparecido durante su convalecencia. En agradecimiento, el propio monarca impulsó y respaldó el proceso de canonización de fray Diego, que fue elevado a los altares en 1568.

A pesar que Don Carlos ya había mostrado síntomas de su carácter inestable, como informan los diferentes embajadores extranjeros, en la Corte los sucesos de Alcalá significaron el punto de partida de las discrepancias entre pa-

dre e hijo.

La primera confrontación seria se produjo en 1564. Carlos contaba ya casi veinte años y todavía no ocupaba un cargo político de importancia, cuando su padre a los dieciséis ya había recibido el encargo de gobernar los territorios de la Península en ausencia de Carlos V. Antes de volver a Castilla en 1559, el propio Felipe había prometido a sus súbditos flamencos el envío de Don Carlos para el gobierno de aquellas tierras. Los reproches que le hizo en ese sentido el príncipe posibilitaron que, a los pocos meses, se le otorgara una plaza en el Con-



Retrato del príncipe **Don Carlos**, por Alonso Sánchez Coello (Viena, Kunsthistorisches Museum).

LOS PROTAGONISTAS



María de Portugal (Coimbra, 1527-Valladolid, 1545)

La primera esposa de Felipe II era hija de Juan II de Portugal y Catalina de Austria, sobrina del emperador Carlos V. A pesar del parentesco entre ambos, Carlos V insistió en un enlace que aportaba a sus empresas políticas dinero de Portugal, en fase de expansión. La boda se celebró en Salamanca en 1543. La princesa, blanca y rubia, era tímida y reservada. Murió a consecuencia del parto del príncipe Don Carlos y Felipe, que actuaba como gober-

nador de los reinos peninsulares en ausencia de su padre, se retiró a un convento en los primeros días de luto.



Juan de Austria (Ratisbona, 1545-Namur, 1578)

El hermano de Felipe II era hijo bastardo de Carlos V y Bárbara Blomberg. Durante un tiempo fue a la Universidad de Alcalá con el príncipe Don Carlos. En 1568 fue nombrado general de los Mares, pero poco después de tomar el mando estalló la sublevación de los moriscos y el Rey le puso al frente de la tropa encargada de reprimirla. Participó como generalísimo en la batalla de Lepanto (1571). Tomó después Túnez (1573). En 1576 fue nombrado gobernador de Flandes,

donde hubo de reconocer la autoridad de Guillermo de Orange en Holanda y Zelanda. Murió de tifus en Namur, a los 33 años.



Isabel de Valois (Fontainebleau, 1546-Aranjuez, 1568)

Hija de Enrique II y de Catalina de Médici, se educó junto a María Estuardo. Se negoció su matrimonio con el príncipe Don Carlos, pero a la muerte de María Tudor, segunda esposa de Felipe II y tras la negativa de Isabel I de Inglaterra a la propuesta matrimonial del rey de España, Isabel de Valois se casó con Felipe II, con quien se reunió en Guadalajara en 1560. El rey tenía 32 años; la reina, 14. Fue el matrimonio más dichoso del monarca e

Isabel fue feliz, como reflejan sus cartas. Tuvieron dos hijas: Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela.



III Duque de Alba (Piedrahita, 1507-Lisboa, 1582)

Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel tuvo una importante acción política y militar en los reinados de Carlos V y Felipe II. Estuvo al frente del ejército de Italia en la guerra con el papa Paulo VI, el de los ejércitos de Flandes cuando estalló la rebelión y de la conquista de Portugal. Su represión de la protesta en los Países Bajos fue tajante y durísima. Mandó ejecutar a los condes de Egmont y Horn y su Tribunal de los Tumultos fue bautizado por los flamencos como "Tribunal de la Sangre", contribuyendo mucho a la Leyenda Negra.



Detalle de la **fachada principal del Alcázar** de Madrid, por Antón van der Wyngaerde (Viena, Österreichische Nationalbibliothek).

SECUENCIA 48: BAILE EN PALACIO

Patio del Alcázar de Madrid, exterior, noche (fragmento del guión de la película que dirige Jaime Camino)

Un grupo de jóvenes danza. Entre ellos, Juan de Austria y la princesa de Éboli. La Reina no baila. Se separa del grupo y va al encuentro de Don Carlos, sentado solo en un banco apartado, compungido y sollozante. Ella toma asiento junto a él.

Isabel: ¿De dónde ese aire tan triste, Carlos?

Carlos se mantiene con la cabeza baja, luego toma de una mano a Isabel. Habla con un tono raro, dislocado

Carlos: ¿Por qué? ¿Por qué me hacéis esto?

Ahora la mira fijamente, con ojos húmedos. La Reina no entiende por dónde van

los tiros.

Carlos: Nadie me quiere, Isabel, nadie.

Isabel: ¡Mon pauvre Carlos! ¿Qué sucede?

Carlos: ¿También voís estáis contra mí?

Isabel mira estupefacta a ese hombre lloroso, desencajado.

Carlos: Te amo, Isabel, querida Isabel, eres lo único que me queda en este mundo.

Isabel le acaricia con ternura los cabellos.

Isabel: Carlos, moi aussi je t'aime bien.

Siempre seré tu amiga.

Carlos murmura: Amiga...

Intenta besarla y ella lo rehúye. Le mira a los ojos.

Isabel: Sí, tu mejor amiga.

Carlos le aprieta con fuerza una muñeca.

Isabel le quita la mano con entereza y se aleja precipitadamente.

Con la mirada perdida, Carlos respira con

sejo de Estado. Pero ese cargo no le satisfacía, ya que pronto pudo comprobar cómo las cuestiones más importantes para el gobierno de la Monarquía no se debatían en las sesiones, sino en consultas privadas con consejeros que gozaban de mayor confianza.

El retraso de las Cortes de la Corona de Aragón en proclamarlo heredero de esos reinos constituyó un nuevo capítulo negativo entre padre e hijo. Sus dolencias imposibilitaron su presencia en Monzón, en 1564, para jurar los fueros y Felipe II intentó que lo reconociesen por procuración. Los participantes en las Cortes se negaron a ello, por lo que el monarca, tras pasar por Barcelona y Valencia, se vio obligado a marchar de sus dominios aragoneses sin haber logrado designar un heredero.

Pero al margen de lo político, lo que realmente minaba la relación entre padre hijo fue la propia cotidianeidad. El propio modo de ser de Don Carlos, con abundantes muestras de bestialismo, donde lo excéntrico predominaba sobre la racionalidad, erosionaban las esperanzas puestas en él por Felipe II. Los signos de su escasa lucidez mental fueron evidentes en su infancia. Hasta los tres años no fue capaz de hablar y hasta una edad muy avanzada no aprendió a leer y a escribir. Su temperamento agrio y malhumorado iba acompañado por taras físicas —una cojera causada por la despropor-

ción de sus miembros, que le obligaba a caminar ligeramente curvado, un tartamudeo característico en el que le costaba pronunciar la “r” y la “l”, etc.— y por una delicada salud, agravada desde 1560 por continuos ataques de fiebres. A su pésima condición física hay que sumar sus excesos en la mesa y su nula afición al ejercicio. Todo ello hizo que se pusieran en duda sus capacidades reproductoras, ya que con veinte años aún no había tenido contacto carnal con mujer. Con objeto de acallar esos rumores, el

LOS EXCESOS Y LAS MUESTRAS DE BESTIALISMO DE DON CARLOS EROSIONABAN DÍA A DÍA LAS ESPERANZAS PUESTAS EN ÉL POR FELIPE II

propio príncipe ordenó la presencia de varios notarios y miembros de la Corte para que asistieran y dieran fe de cómo podía llevar a cabo el acto sexual con total normalidad.

¿Muerte natural o asesinato?

La naturaleza de la muerte de Don Carlos ha suscitado un enjambre de posibilidades, tanto en lo que se refiere a las causas como al modo y a las circunstancias. En primer lugar, la de si fue muerte natural o asesinato. La opción más dramática y más exitosa ha sido aceptar el homicidio como final de un largo en-

frentamiento entre padre e hijo. No hace falta recalcar que su autoría, en mayor o menor grado, siempre se le ha imputado a Felipe II. El cómo varía según la versión. Se ha hablado con morbosidad desde una muerte lenta, producto de un envenenamiento, hasta una más violenta, como la asfixia por estrangulamiento, con la almohada, mientras dormía, e incluso la decapitación.

La realidad parece acercarse más a la opción de la muerte natural. Dada la debilidad física del príncipe, cabe que las

condiciones del cautiverio mermaran su salud hasta provocar la muerte. El suicidio por inanición parece la causa más plausible de su fallecimiento. Desde que se inició su cautiverio, Don Carlos llevó a cabo diversas tentativas suicidas que acabaron en fracaso, como la ingestión de un anillo. Rechazó la comida que se le daba y no, como se ha apuntado, por temor a morir envenenado, sino porque no tenía otra manera para morir. No disponía de ningún arma y se habían tapiado y enrejado las ventanas y la chimenea para evitar que se lanzara al vacío. ¿Se puede culpar a Felipe II de dejar de mo-



Retrato de **Isabel de Valois**. Carboncillo de Antonio Campi, preparatorio para el retrato de la reina (Oxford, Christ Church).

rir a su hijo? Ni la posibilidad de la muerte natural le libra de la sospecha.

¿Qué causas pudieron haber llevado a Felipe II a ordenar el arresto de su hijo y su posible ejecución? Al monarca no le faltaban motivos y, como en la muerte, las explicaciones que se han dado han sido múltiples. La versión más rosa abunda en los supuestos amores entre el príncipe e Isabel de Valois. Antes de contraer matrimonio con Felipe II, ya se había hablado de ella como candidata a ser esposa de Don Carlos. La amistad entre ambos es conocida: cuando Isabel llega a la Corte, rápidamente entra en contacto con los miembros de la familia real más cercanos en edad, como el propio Don Carlos o don Juan de Austria. Y las muestras mutuas de simpatía y de preocupación son abundantes, pero no signos evidentes de una relación amorosa ilícita.

Todo ello entronca con la cuestión del matrimonio del príncipe. Dentro de la compleja política matrimonial de los Habsburgo, el caso de Don Carlos planteaba un amplio abanico de posibilidades. Su condición de heredero de la Corona suponía la obligatoriedad de escoger según los intereses de la Monarquía. Ya hemos hablado de la posibilidad de Isabel de Valois, pero tras los acuerdos de Cateau-Cambresis (1559) ésta pasaba a casarse con el propio Felipe II. La monarquía francesa pensó entonces en la hermana menor de la reina, Margarita, pe-



Escultura orante del príncipe **Don Carlos** por Pompeo Leoni (Real Monasterio de El Escorial, Patrimonio Nacional).

ro las negociaciones no llegaron a fructificar. Otra opción era la de María Estuardo, que siendo reina de Escocia encarnaba las aspiraciones católicas al trono protestante de Inglaterra. Las propuestas castellana y portuguesa se centraron en la candidatura de doña Juana de Austria, hermana de Felipe II y mucho mayor en edad que el príncipe.

La opción de Viena

Todas ellas fueron rechazadas. La única que estuvo a punto de materializarse fue la opción presentada desde Viena. En la segunda mitad de la década de los sesenta, se produjo un proceso de aproximación y de fortalecimiento de las relaciones entre las dos ramas de los Habsburgo, que cristalizaron con la llegada de los archiduques Alberto y Rodolfo a la corte de Madrid. Pero el proyecto más ambicioso de ese acercamiento era el del matrimonio entre Carlos y la hija del Emperador, Ana de Austria. Todo parece indicar que hacia 1565 las negociaciones se encontraban muy avanzadas, pero el acuerdo nunca se oficializaba. El matrimonio con Ana de Austria no sólo interesaba a Felipe II y a Maximiliano II. El propio Carlos hizo pública devoción por su prima, ya que casarse con la hija del Emperador actuaría como elemento de presión sobre su padre para darle el gobierno de un territorio o cederle más protagonismo en la política de la Monarquía.

La cautela de Felipe II fue la causa del retraso de la oficialización del matrimonio.

La espina de Flandes

También se ha hablado de razones políticas en combinación con factores religiosos. La rebelión de los Países Bajos y la presencia de los condes de Egmont y de Horn en Madrid, entre 1565 y 1567, hicieron ver posibles contactos entre Don Carlos y los rebeldes holandeses. Las ansias de poder del príncipe y su malestar por la designación de Alba para sofocar la rebelión, con intento de asesinato incluido, consolidaron el éxito del argumento. Se ha llegado a decir que el proyecto de huida de la Corte tenía como destino los Países Bajos y se ha puesto en duda la propia religiosidad de Don Carlos: ¿llegó a comulgar con el pensamiento protestante? La celeridad con que el rumor se difunde en Francia tras su apresamiento, el supuesto contacto con los rebeldes y una supuesta aversión al Santo Oficio, tras los autos de Valladolid de 1559, configurarían la imagen del Don Carlos luterano.

Es difícil saber los motivos que llevaron a Felipe II a ordenar la prisión de su hijo. La incapacidad de Don Carlos para el gobierno da validez a las versiones que nos hablan de un proceso interno del Consejo de Estado para retirarle la condición de heredero. Pero en ese supuesto media una circunstancia particular. Don Carlos era heredero por las Cortes de Castilla pero no por las de Aragón. Paradójicamente, sin embargo, el referente histórico que se busca para su procesamiento es el proceso aragonés contra Carlos de Viana de finales del siglo XV, totalmente ajeno a las leyes y costumbres de Castilla.

Lo que es incuestionable es que la prisión y el fallecimiento de Don Carlos se convirtió en un complicado asunto de Estado para Felipe II. No sólo le privaba de un heredero natural y directo sino que, además, el fantasma de su hijo, resucitado en los ataques panfletarios de sus enemigos, le acompañaría hasta el final de sus días.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

